

Una voz en el desierto

Vida de San Jerónimo

Obra en 17 cuadros

TRASCENDENCIA DE UNA OBRA MAESTRA

LUIS G. BASURTO, 1990

Prólogo a Maruxa Vilalta / Teatro III

Colección Popular

Fondo de Cultura Económica, 1990

Difícil, aunque gratísima tarea, la de intentar asomarme siquiera a la trascendencia de una obra que no dudo en calificar de maestra en su género. Y aquí me asalta ya una duda: ¿a qué género pertenece? La autora, amante de la síntesis y enemiga evidente de clasificaciones, la llama “obra” y la distribuye en diecisiete cuadros, lo cual me hace pensar en los que no fueron pintados por otros artistas con la verdadera efigie o con la figura del santo Jerónimo que, como todos los verdaderos santos, jamás supuso, ni siquiera ambicionó en vida, ascender, un día, a los altares.

Tragedia podría ser, o misterio, este clamor en el desierto cuyo protagonista, tantas veces motivo de biografías y de pinturas casi siempre falsas o con verdades a medias —la peor forma de la mentira—, ha descubierto en su auténtica identidad mística y humana esta Maruxa que no pretende hacer un teatro netamente histórico, pero que nadie podrá dudar de que es testimonial. Testimonio vivo de la vida severa, aguda como la punta de una aguja cósmica, y sin embargo rica en jugosas humanidades, al servicio de la verdad y del amor.

Leyendo y releendo este texto apoyado en antiguas y modernas crónicas (las más documentadas y antimíticas de la figura deslumbrante de Jerónimo), uno descubre las dos constantes mencionadas en su larga vida: el amor y la verdad. Ni la más leve sombra de aceptar o decir la mentira —aun, y tal vez sobre todo, ante los Papas— empaña su rigor moral e intelectual. En el estudio, en la recia dialéctica filosófica y literaria que practicaba; en la disciplina a que se sometía respecto a su Iglesia (a pesar de ser acusado tantas veces de rebelde y hasta hereje), el monje que no quiso ser Papa nunca permitió que la mentira propia o ajena mancillara su sed de saber, de transmitir la buena nueva, de enseñar con un ejemplo que en pocos santos podemos encontrar. Antes que mentir, él prefería, aunque causara escándalo a los fariseos de ayer y de hoy, su ansia de verdad. Y dentro de la misma, el amor, a imagen y semejanza de ese Galileo cuya senda y viacrucis prosiguió, por todos los caminos de un desierto en que la luz de la alegría, mezclada con las llagas de la calumnia, de la envidia, de la soberbia, nunca desapareció de su clamor.

Lejos de mi intención enumerar los diversos episodios de la “Vida de San Jerónimo” que Maruxa Vilalta, respondiendo al reto del admirable sacerdote Xavier Escalada, edita hoy en

estas páginas resplandecientes de sabiduría teatral, de agudeza selectiva, de fidelidad histórica, pero especialmente de ese fuego que incendia nuestras conciencias cuando nos acercamos, temerosos pero trémulos de emoción, al mágico recinto de la suprema Verdad.

Agotador y paciente, amoroso trabajo de la autora, dedicando cuatro años a espigar, a descubrir, entender el sentido profundo de esas crónicas que han logrado desmitificar y desnudar la imagen de Jerónimo, tan calumniada —no sólo por historiadores y pintores, a través de siglos— sino por mentes barrocas a quienes hemos de conceder, piadosamente, el beneficio de la duda sobre sus intenciones, como diría el eminente jurista don Antonio Vilalta y Vidal, padre de Maruxa, que tuvo el privilegio de ser hija de espíritus próceres en el cultivo de la verdad y del amor.

Una verdadera galería de personajes históricos, digna de algún fresco monumental, hace que aquéllos, desprendiéndose de la ortodoxia estética, desfilen por la escena que integra la cuarta dimensión de esta obra, despojados del mito, y envueltos en el conocimiento de la naturaleza humana que tan bien conocía Jerónimo y que ha iluminado las páginas de esta dramaturga, de esta periodista tan aguerrida como dispuesta a la ternura y a la solidaridad. Papas, cardenales, reyes, ministros, clérigos, monjes, pícaros, damas aristócratas, santas mujeres (algunas habrían de llegar a los altares), y toda una flora y una fauna de figuras recreadas por la memoria y por la imaginación —diría Maupassant—, dejarán atónito al espectador cuando la obra se estrene, y moverán conciencias, y corregirán idealmente vicios milenarios, como exigía Sartre. Lo harán desde sus máscaras, al preciso instante de derrumbarse y mostrar la belleza o la fealdad de sus rostros y de sus hechos.

Paula, Marcela, Blesila, Vicente, Pauliniano, nobles figuras que integran una parte del entorno de Jerónimo, atraen y fascinan en la lectura, y lo harán en la representación. De la misma manera que, a contrapunto, Juan de Jerusalén, Rufino de Aquitania, los “preciosos ridículos” de la corte papal, y otros siniestros personajes, habrán también de estimular al público, a golpes de sangre, de risa o de rechazo.

Mientras más superficial y primaria es una obra, más fácil resulta escribir un prólogo sobre ella. En cambio, ¡qué difícil —repito— expresar, con mínima lucidez, lo que pensamos, lo que sentimos sobre su contenido y sobre su forma, si tiene la maestría que le atribuyo, y que han de reconocer, en el futuro (tiene larga andadura, diría un crítico madrileño), tirios y troyanos, críticos y criticones, que de todo hay en esta viña del Señor!

Hecho este paréntesis, imitación de las escenas de “alivio” en las tragedias clásicas, continuaré con el impacto que me produjo la lectura de Una voz en el desierto, que no será nunca el de una sala vacía de espectadores.

No puedo omitir el elogio, la admiración que me provoca la arquitectura escénica de esta obra, no sólo por su técnica que llamaría clásica a no ser porque se fuga de cualquier estilo, sino por el difícil poder de concentrar, de resumir en un espacio teatral, en una duración probable de dos horas, hechos históricos o testimonios de acontecimientos que duraron casi un siglo, además de la proyección desde el pasado, y hacia el presente, que contienen.

Jerónimo es casi indescriptible, y acercarse a su vida, a su mente, a su corazón, es labor no sólo de un escritor, sino de alguien iluminado por la fe. Fe en aquella suprema verdad de que hablé antes, en este mismo prólogo. Fe sin fanatismos y sin poses intelectuales de cualquier signo. Fe a secas, como las verdades que descubría el santo en las traducciones maravillosas que hacía de textos bíblicos, del griego, del latín, de varios idiomas y lenguas.

Por sabido tenemos que el teatro, cuando es legítimo, representa la poesía dicha en voz alta, como hacían los juglares. Poesía no sólo mística, sino a nivel humano y tono coloquial, contiene el vaso de esta prosa sin rimas, seca a veces, áspera, directa, pero impregnada de fuerza en el sentimiento, en la emoción que enriquece a la regla, según creía Juan Gris, el famoso pintor español.

La civilización y la barbarie —que a menudo caminan juntas— de toda una época, de varios siglos, son como el trasfondo en que se mueve la heroica figura de Jerónimo, jamás barroco, jamás devoto de modas y ornamentos, jamás obispo ni dueño del poder eclesiástico. A pesar de una parte de la iconografía que lo muestra distinto a como fue. A pesar, por ejemplo, del mismo genial Greco, cuyo retrato lo disfraza de cardenal. Todo esto, y mucho más, se descubre en la obra de Maruxa, cuya riqueza de materiales lingüísticos contrasta con el ascetismo de su prosa, semejante al que cubría los huesos del protagonista.

Bellísimas las escenas con las mujeres sabias y luego santas de esta obra. Y no por místicas, sino por llenas de inteligencia, de gracia y de ternura. Momentos aterradores en los asesinatos y magnicidios. Risas en la triste farándula de la corte papal. En fin, una paleta de mil tonos y colores, pero de rectilínea dimensión.

Creo que la escena más conmovedora, más original, más justa y vigente de la voz que en este cuadro deja de clamar en el desierto, es la del juego del tiempo, en que un grupo de estudiantes de teatro de Nueva York visita a Jerónimo, brincando en el cosmos, oníricamente, dieciséis siglos, para conocer la verdad de su vida. Magistral escena que resume las mentiras, las equivocaciones, la deformación y los mitos que encubrieron al santo a través de sabios, de genios, de historiadores, de otros santos también. No olvidemos sus diferencias con San Agustín, transmitidas, como todas las discrepancias —aunque sean tan respetables como éstas—, al paso de los siglos. Los estudiantes de hoy, los del futuro, es decir, los jóvenes, revelan a Jerónimo, un Jerónimo intemporal, dialéctico, sarcástico, sabio y santo a la vez, toda la falsa historia que veló su grandeza, y que ellos, resueltos, han de destruir.

Estos jóvenes dicen al monje de Estridón: “Santo y hombre de talento. Padre y doctor de la Iglesia. Dieciséis siglos después, los que hoy vivimos, te damos las gracias”. Y lo hacen por sus trabajos de traducción de los textos originales del Antiguo Testamento, en hebreo y en arameo (que fue el idioma de Jesucristo), porque les dio la verdad cristiana, porque les hizo asequible la palabra de la revelación. ¡Magnífico, impresionante cuadro de la obra, más fiel y bello que los de aquellos geniales artistas que lo retrataron! ¡El cuadro de la juventud!

Nosotros, los espectadores de hoy, también hemos de agradecer a Maruxa Vilalta esta tragedia moderna, universal, que está destinada a recorrer el mundo, de la mano del que nunca mintió. Gracias también a esta editorial que ha de difundirla en el libro, y a todos los que hagan posible, desde sus respectivos escaños, su puesta en escena.

Y si alguien nos critica sin buena intención por este prólogo, contestaremos como San Jerónimo: “Sólo escapan de las críticas los que nada escriben”.